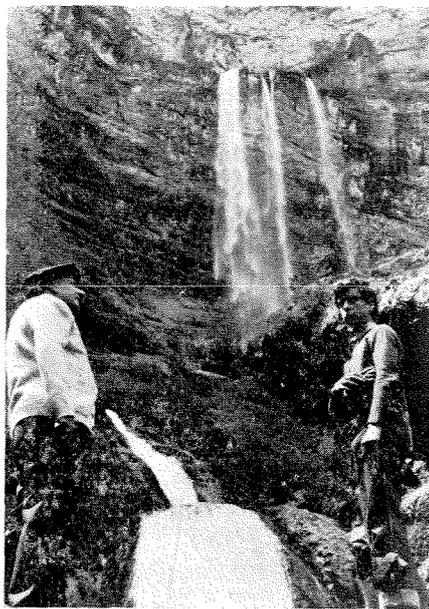


tes que vierten en la charca de arriba y el agua de ésta, una parte por rebosamiento deslizándose por el acantilado, como se ve en la fotografía y otra por canales labrados por el interior del peñasco bajan a la pozanca donde estas simpáticas andaluzas se refrescaron a gusto con bastante envidia mía porque el agua estaba finísima y cristalina invitando a la sumersión, pudiéndose asegurar que a pesar de la mucha espuma, no cocía. Desde ella sigue el río su curso entre grandes pinares buscando su desagüe en el Segura.

Aunque lejano, es uno de los respiraderos que tiene La Mancha cuyas salpicaduras esponjan el cuerpo y el alma, pudiendo quitarse de un remojón la sofoquina de todo el año.



Al ajustar el libro XXXVI sobre las plazas manchegas, hubo que dejar fuera algunas páginas por imposibilidad material de acoplarlas. Una de ellas fue la que antecede que se hizo entre los pedruscos residuarios del cauce del río y que se incluye ahora en este libro XII con la idea de poder ilustrar más el paisaje con esta fotografía en la que se ven los chorros de caer desde la montaña iniciando la corriente del río.



A los pocos metros del nacimiento fluvial hay una gran piedra con este socavón enorme donde la gente guisa al acompasado son de las aguas que emergen por entre las rocas de la montaña.